

CAVILACIONES O'HIGGINIANAS DE UN CARRERINO

Por

Jorge ALLENDESALAZAR Arrau
Coronel (H), Ejército de Chile



ES INDUDABLE que los acontecimientos señeros de nuestra historia hállanse ya fijados con indelebles caracteres en la conciencia ilustrada y tan es así que los tratadistas de aventurera modalidad que afloran de tarde en tarde, no obstante su pretensa intención de transponer las lindes de lo que ya está rígidamente establecido, no logran, en los más de los casos, otro resultado que impresionar al cultor de superficie, sin transmutar, por cierto, la concepción ortodoxa del investigador experimentado y honesto.

No quiere decir ello (¡y Dios me libre de afirmar lo contrario!) que en cuanto a las aseeraciones subalternas, o a los aspectos complementarios o particularísimos del proceso histórico, la indagación reiterada, y al calor de formales elementos de juicio surgidos en ulterior instante, no permita rectificar añejos conceptos y hasta contradecirlos con lisonjero éxito. Desde luego, los aportes documentales de que los clásicos pudieron hacer uso, si se comparan con las fuentes entonces inexploradas y que hoy día muéstranse accesibles a quien quiera cogerlas, parecen de tan precaria significación cuantitativa, que escasean las justas expresiones para magnificar la obra creadora de los prime-

ros maestros. Es claro que, si se consideran las finalidades humanas desde prismas actualizados, acaso halláramos desviaciones incomprensibles al primer examen y otros aspectos vulnerables, que apenas se concilian con el prestigio de que sus nombres están legítimamente aureolados.

En la mayor o menor jerarquía de los acaecimientos, ya es bastante que persista en la primera el consenso estimativo, porque la verdad es que —partiendo de la premisa básica de que la historia se ha conformado mediante el estudio reconstitutivo de sus rastros— en la esencia del cuadro total pesan de manera mínima las circunstancias secundarias y no es extraño que, todavía, el exceso de atención que a estas últimas les sea concedido contribuya a perturbar la ecuanimidad perceptiva.

Lo importante, a mi juicio, es destacar la fisonomía del conjunto, con prioridad a la de los personajes que actúan como instrumentos inteligentes de las grandes intenciones. Y no es que desdeñe el substrato biográfico que gravita en la acción ecuménica o parcial; considero que el valor de un individuo adquiere contornos rotundos y dignos de singularizarse en cuanto su actuación incide en los postremos resultados.

Más aún, soy un convencido de la reciprocidad de las influencias, que cuando muchas voluntades se vacían en un firme propósito de realizaciones, la individualidad tiende a diluirse en una fusión de altitud. Torpe y vano intento sería menospreciar los caracteres excelsos, ante cuyo recuerdo me inclino con permanente reverencia.

Hay en nuestra patria un interés subyugante que vierte su inquietud en las evocaciones del pasado. Los ensayos de tipo biográfico, las crónicas noveladas, los relatos interpretativos que giran en rededor de tradiciones transmitidas de siglo a siglo y los trabajos históricos de sesuda contextura, divúlganse con sorprendente prontitud hasta en los estratos más dispares de la autodidaxia.

Prodúcense, con periodicidad reiterada, debates amables o de inusitada y punzante fogosidad, en los que campean actitudes preferenciales y excluyentes para uno u otro personero de la gestión heroica. Aún chocan en públicos torneos, para desgracia nuestra, los viejos antagonismos de o'higinistas y carrerinos: consérvase en los corazones apasionados, a guisa de condicionamiento ancestral, transmitido junto al orgullo del origen, esa honda división simbólica que otrora fuese razón y basamento de penosas ocurrencias. Maestros consagrados suele haber que intervinieron en la contienda de póstumo relieve, enarbolando, no siempre con la necesaria parquedad científica, el oriflama de sus predilecciones. La verdad es que no resulta, al cabo, beneficiosa la beligerancia ideológica, pero, al observador ajeno a sugerencias inactuales permítele reafirmar en medio de los encontrados argumentos, su postura de serena indiscriminación y es por eso que, sin dejar de exaltar las figuras nobles y generosas de don Bernardo O'Higgins, forjador de la Patria Nueva, y de don José Miguel Carrera, que posee el mérito de haber lanzado, como primicia heroica, el grito inicial de la redención republicana, sitúalos a ambos en cumbres reverenciales de análoga magnitud. A mi entender, tal, y no otra, ha de ser la posición del historiador que ha superado el marco estrecho de las vehemencias conceptuales.

No hay duda alguna que el prestigio de Barros Arana permanece indemne a

través de las edades. Nadie le ha aventajado en destreza y puridad. El estilo mar móreo y disecador que le caracteriza, aprovechando con rigurosa honestidad los escuetos medios de que podía disponer, mucho antes que afluyera a los archivos nacionales la documentación que ahora enriquece nuestro acervo, no es óbice para que siga manteniendo, con ecuaníme valoración, la preeminencia entre los maestros de nuestra patria. Si bien no puede discutirse que consignara en su obra, con visible sobriedad, los antecedentes que le permitieron eslabonar la relación ordenada de los hechos, ello mismo le otorga en justicia la patente de expositor veraz y sincero, hasta en los errores de su propio cuño. Y cabe recordar que acaso el mayor de aquellos finque en la apreciación injusta, y con tozudez manifestada de continuo, acerca de la acción civilizadora y facética de nuestra Madre Patria. Algún historiador hay por allí, que no lleva consigo esta mácula arbitraria, cierto es, y que, a la vez que procura en reincidencias opacar la fama bien habida del Maestro, no trepida en aprovecharle con machacón empeño, utilizando en la ilustración del relato un curioso sincronismo de intuición, psicológicas divagaciones y el factor documental, pedido de prestado, como ingrediente primario y substancial. No me arredra consignar la enfática premisa, valorada con muy dignas opiniones coincidentes, de que en Chile no es posible penetrar en las reconditeces de la verdad histórica sin recurrir, antes que a otras, a las enseñanzas que nos legara Barros Arana con su espíritu metódico y su capacidad de verificación objetiva, sin inútiles adornos de interpretativo jaez ni lucubraciones peligrosas. ¡Barros Arana, avatar ilustre de Clío en la América hispana, a quien advoco con emocional sumisión y el espíritu prestol!

Carrera, genio creador, recibió sobre sí, con todo, el fustigazo de las pasiones; era un hombre entero, no un inerte producto de la casualidad o los esplendores materiales de una casta. Vibró, como cualquier otro, con las inquietudes sublimes del amor; sufrió en su propia carne la impresión apenas tolerable de las desdichas; en su mente, hecha de claridades, captó el infortunio y las desventuras ambientales. Y se agigantó en el holocausto

O'Higgins, en quien se confundieron en notoria amalgama la voluntad de ser y el temple de un arrojo insuperable, culminó la jerarquía nacional por el derecho que concede la limpia ejecutoria generada en el heroísmo, que jamás admitió vacilaciones. Si bien Carrera fue, sin disputa, el jefe primario de la revolución, O'Higgins la consolidó más tarde, quizá por la excelencia inigualada de su civismo, que, si bien carecía de la técnica miliciana que se obtiene en su total integridad en la práctica guerrera, se hizo general y estadista por la imperativa determinación de los acontecimientos, protagonizados siempre bajo la inspiración acendrada del amor a su patria. Pero sería negar lo inconcuso, cerrarse a la realidad que irradiaba el proceso emancipador, que una justa valuación estimativa le permitió descubrir al caudillo transandino y someterse con natural modestia a la tui-ción de quien había de epilogar la triunfal epopeya de un pueblo que naciera a la vida independiente con el vigor de la esperanza.

★

¿Por qué intrincadas entelequias, cuáles son los misterios de causalidad que aproximan, separan en seguida y dan calor al antagonismo militante en el correr de los años, los destinos que debieron confundirse de dos hombres a los cuales les estaba preseñalado unificar en ilusiones y en acción posterior los anhelos bebidos en extranjeras latitudes e inspirados, acaso, en principios de estructura conexa y desigual? Muy distinta de Carrera, la mocedad de O'Higgins, oscura y torturante, condicionada por el irregular origen, hubo de predisponerle a hurgar en lo difuso el sentido del futuro. No es improbable que en el corazón del hijo del virrey diseñáranse aspiraciones de vuelo en contradicción, negación aparente, en ciertos casos, de lo que más tarde entrañaría la razón inspiradora de sus años en precipitada madurez. Bien sabemos que fue objeto de imperiosas tentaciones —fallidas al procurar materializarlas— de recuperar para sí los títulos de Castilla que a su progenitor le fueron conferidos. Si entonces triunfara en la demanda, ¿habría empuñado en sus manos, cual lo hizo, la bandera de la emancipadora gesta? Tengo derecho a suponer que, generada

en ímpetu orgulloso, esa actitud no traía a cuestras la mutación de sus principios.

Ya en esas andanzas, O'Higgins —directo discípulo del precursor Miranda y del que recibiera el imperativo libro de horas: "Consejos de un viejo sudamericano a un joven compatriota al regresar de Inglaterra a su país"— había absorbido en el surco de captación de su mente curiosa, y quizá desorientada, la semilla fructificante. Todo hace pensar que cayera aquella en propicia disposición: las instrucciones epistolares de Miranda y la delicada misión que por él le fuese encomendada reflejan una confianza en el discípulo, de tal característica, que sería infamar su memoria con torpe gratuidad si se pusiere en tela de juicio la sinceridad de sus convicciones. Es claro que la dureza empecinada de Nicolás de la Cruz, las humillaciones y la miseria que por doquier le rodearan, la orfandad de ternuras y las enfermedades que le hicieron su víctima, todo ello ha urgido aprestos a la modalidad novísima y ha dado crecimiento al vigor de las ocultas ilusiones.

En O'Higgins (he de repetirlo), las alternativas de su juventud desgraciada, que hicieron caducar desde su nacimiento las germinaciones ilusorias de sus meditaciones, predispusieronle a tender la ansiedad hacia otras latitudes doctrinarias, si así podemos llamarlas. Tal vez, en ellas encontrare el bálsamo que sus heridas exigieren, quizá por inexplotadas vetas irrumpiera la señal luminosa del destino. Junto a Miranda, en la neblinosa Londres, absorbió el contenido profundo del movimiento innovador que aquél personifica y, en el discípulo mismo prende fuertemente en sus resoluciones trocarse en instrumento sensible de las magistrales enseñanzas en cuanto la patria lo demande. Es en Londres, también, en donde San Martín —iniciado en las logias, como lo fuere Carrera en la masonería norteamericana—, con Alvear y Zapiola, Tomás Guido, Andrés Bello, el mejicano Mier y tantos otros, transforma o acentúa los precipitados de su ideación en análogo sentido que su "hermano" de Chile. Aunque en época distinta, con substancias temperamentales que no les aproximan, aparece visible ante el observador en profundidad el común denominador que habrá de estrecharles con los lazos de una amistad sin menguantes.

O'Higgins recibe la simiente con el corazón en amplitud acogedora, sin reservas mentales que empequeñezcan el entusiasmo o le delimiten tan siquiera. De la pasta de Carrera y O'Higgins están conformados los héroes que la leyenda sublima y en el mismo crisol se funde el temple de los grandes conductores.

★

La Hispanidad es el nudo que aprieta en mancomunidad a todas las repúblicas que débense a España el origen y la fe. Descastamiento incomprensible sería abjurar del orgullo de la ibérica sangre que portamos y de la civilización latina, que se nos entregase como herencia ancestral. Todavía, la predilección exótica de noreuropeo arraigo, en plan de substituir las bases milenarias de la cultura, traídas por los conquistadores al mundo colombino, considérola como un adulterio del espíritu. Nacimos del vientre racial de la España hidalguísima y señera, que con creces nos dotó de medios y virtudes en el

lapso formativo. No fue la reversión en odios de la filial raigambre lo que indujera a los patricios nuestros a apretar en sus manos la responsabilidad del futuro de la nación, que ha cruzado la vía pubertal. Es una razón biológica avasallante la que insufla en el conjunto, sociedad o país —como quiera enunciársele—, que percibe en sí mismo con nítida certeza la mayoría de edad, la convicción de su aptitud para desarrollar sin lazarillos las posibilidades enquistadas en lo hondo. En hecho tal, y no valen otras disquisiciones de alambicado sesgo, radica la génesis filosófica de la emancipación americana.

Es aquí, en este momento preciso, que destácase, con émulo mediatos, la figura egregia de aquellos que nos condujeron a salvar la transición. Adalides magníficos —Carrera y O'Higgins, O'Higgins y Carrera—, aunque sin tangencias virtuales, alcemos la determinación voluntariosa e incommovible de otorgar nuevos ímpetus al culto de la dual proceridad.

